

El violinista

¿No esconderá el blanco papel

la propia palabra?

¿No vivirán las musas

dentro de los árboles?

(Pensador anónimo)

A veces pienso que si no existiera la música, sería imposible el sonido, no se escucharían ecos, ni murmullos, ni ramas secas al quebrarse, ni agua corriendo, ni el choque de las piedras, ni sirenas de barcos, o trinos de pájaros.

Fue en Copenhague donde lo conocí. En una peatonal. Era sábado. Caminaba. La gente miraba las vidrieras buscando qué comprar, como si no importase mucho lo que fuese, algo debían llevar. Se veían pocos niños, y esos pocos no corrían, ni hacían barullo, como si les estuviese prohibido ser niños. Me senté en un banco. Hacía frío y el viento corría por la calle como curioseando bajo las ropas, impidiendo que uno se aflojara del todo, como dando puntadas heladas a la gente. Miré el cielo gris. Rostros pálidos, cabellos rojizos, labios morados por el frío. Hombres altos y largos al caminar. Mientras me perdía entre los zapatos que raspaban el asfalto, como arrastrados por la brisa, un viejo comenzó a tocar el

violín.

Puso su gastado sombrero sobre la vereda, esperando rescatar unas monedas, acomodó un pequeño banco, el violín sobre su hombro, se colocó un extraño anillo en uno de sus dedos y la música comenzó a inundar el lugar. La melodía flotaba entre el ir y venir de la gente. Algunos se detenían un instante, los más generosos dejaban caer unas monedas, luego se iban con la marea. Yo escuchaba. Me deleitaba ese dulce sonido de las cuerdas acariciándose, como dos labios que se besaban tiernamente; la perdida mirada del anciano; sus cabellos blancos saltando como grillos; las arrugadas manos queriendo expresar con la música cierta angustia que no me era indiferente; tal vez la melancolía de otros tiempos.

Así se fue pasando la mañana, en esa simple calle de la pequeña ciudad. A ratos el hombre me observaba, me regalaba una corta sonrisa, tal vez esperando mi contribución, luego giraba, agradecía y volvía a encarar el violín. El repertorio era clásico, sin *allegros*, más bien melancólico, como el dulce sabor de un licor.

Cuando el hombre terminó, como a las dos horas, mientras guardaba su instrumento, se sacaba el anillo y recogía el sombrero, lo interrumpí con mi modesto inglés:

- Gracias.

- ¿Por qué?- preguntó mirando el suelo.

- No sé, me hizo bien, me conmovió la manera de interpretar su música.

- No es mía, es música de otros...yo sólo la actualizo, la traigo a la memoria popular.

- Bueno, pero de todos modos, me conmovió con su interpretación.

- Yo no interpreto amigo, sólo me transporto y trato de encarnarme en aquellos que la crearon.

- ¿No le entiendo?

- Mire joven, hace muchos años, cuando tendría su edad, mi padre me legó el violín y me dijo: "Pieter, algún día podrás vivir de él, pero debes dejarte llevar por la música, como las hojas en otoño se abandonan a la brisa. Sentir el alma del compositor". Sólo he seguido el consejo de mi padre con esfuerzo, pues me costó mucho dominarlo. Sobre todo por lo que fue mi padre. Él sí que era compositor, pero la guerra lo enloqueció, arruinando su porvenir.

Le pregunté como fue aquello, "bueno", dijo, "perdió sus dos manos al explotarle una granada cuando quería arrojársela al enemigo. Por más que quiso, acabada la guerra, ya no pudo crear. Cayó en una terrible depresión, como si la vida se le hubiese ido con las manos al fondo de la trinchera. Pienso que cuando se las amputaron, le desgarraron el alma, aniquilaron su corazón. Recuerdo que pasó sus últimos años encerrado en sí mismo, siempre con el violín bajo la cama, pidiéndole a mi madre cada tanto que lo sacara y lo limpiase. Estuvo como preso por tanta energía abroquelada, con una profunda tristeza que no lo dejaba vivir. Casi no salía de casa. Nunca lo vi mirar su sombra, pues estoy seguro, que el ver sus brazos más cortos, era como volver a sentir la granada, escuchar la explosión haciendo pedazos sus sueños de actuar en los mejores teatros de Dinamarca".

- Lo siento mucho. Pero, como veo, al menos le trasladó a usted el amor por la música, por el violín.

- ¿A mí?, ni lo piense. Al principio odiaba el violín, me recordaba las finas manos de mi padre, la suavidad de sus dedos al tocarlo y al tocarme. Lo odié por

años, pues representaba su condena. El violín fue su calvario, su muerte lenta en el recuerdo. Cada vez que yo la veía a mi madre sacarlo para la limpieza, tenía ganas de partirlo contra la pared.

- ¿Y cómo entonces usted lo toca ahora con tanta habilidad y cariño?

- Bueno, hijo, es una larga historia... (me miró)...¿no quiere ir a comer algo y se lo cuento?...la verdad es que el estómago llama. (Acepté con gusto pues también tenía hambre).

El anciano acomodó su larga bufanda, estiró las piernas, tomó el violín y dijo: "vamos". Nos alejamos del banco, el diálogo se interrumpió de común acuerdo y nos perdimos en el mar de gente. "¿Qué le gustaría comer muchacho? ¿Quizá un buen pescado acompañado con cerveza danesa? Bueno, pero yo pago. No, de ninguna manera", contestó. "Cada uno lo suyo. Conozco un lugar donde se come bien y barato".

Llegamos a una típica taberna, por cierto no muy lujosa, pero que tenía una atmósfera agradable. No había mucha luz dentro, una espesa nube de humo se elevaba de las mesas. En la barra, corpulentos hombres bebían cerveza y reían. En las mesitas había algunas parejas pero la mayoría debían de ser marineros o pescadores, gente de mar, con gruesas barbas sin recortar. La camarera se acercó a tomar nuestro pedido, saludando al anciano con cariño, como si lo conociese de años.

Más tarde, ya con dos platos de pescado humeando frente a nuestras narices, y la tercera cerveza en la mano, el viejo comenzó a darme su respuesta.

- Días antes de que muriera mi padre, como si lo presintiera, me llamó a su

cuarto. Estaba, como siempre sentado en la silla hamaca, con una gruesa frazada que le cubría la mitad del cuerpo, escondiendo sus brazos mutilados. Fue en ese momento cuando me dijo lo que ya le conté en la calle. Lo que no le dije es que me lo hizo abrir, ponerlo sobre su regazo y comenzó a llorar sobre él. Sus lágrimas caían como perlas y se quedaban un ratito prendidas de las cuerdas como si fueran brillantes encastrados sobre un anillo, luego caían en el fondo oscuro del estuche, resbalando sobre la lustrosa madera del violín. Me conmovió tanto su amor por el instrumento que lo abrasé, dándole las gracias por el regalo. Pero lo cierto era que nunca había tocado el violín, ni tampoco conocía absolutamente nada de música, así que decidí guardarlo por el momento en mi ropero, hasta que me pusiera a estudiar. A los tres días, mi padre moría sin mucha despedida. Una tarde mamá entró al cuarto y lo encontró muerto en la silla, con la cabeza inclinada hacia el lado de la cama, como si se hubiese despedido del instrumento. Los pocos asistentes al velorio, hablaron tanto de sus habilidades antes de la guerra, de la depresión posterior, de sus años de ostracismo en casa, en fin... de todo lo que usted ya conoce. En el entierro, junto a su tumba, mientras echaba las primeras paladas de tierra, le hice un doble juramento; primero aprender a tocar el violín, segundo, ir con el viejo instrumento hasta la trinchera donde había perdido sus manos y abrirlo por primera vez.

El anciano interrumpió el relato y se metió un bocado de pescado en la boca, yo aproveché para hacer lo mismo, pues en verdad ni lo había probado, temiendo distraerme y perder algo de la historia. ¡Cómo despierta el hambre la ansiedad!

- Lo que le voy a decir ahora, es sólo para usted, ¿entendido?, es la verdad

que llevo oculta. (Bebió un largo trago de cerveza, a decir verdad terminó su cuarto vaso. Le dije que por supuesto, que a quién podría contarle en ese país, si no conocía a nadie, si sólo estaba de paso). Después del entierro, me pasé varios meses tratando de averiguar el sitio exacto donde él había luchado. No fue fácil, muchos de sus compañeros ya habían muerto, otros no querían ni recordar aquél horror. Imagínese, estar en una trinchera durante la primera guerra, era como hundirse en un infierno, en un pozo de muerte, sin esperanza alguna, sólo aguardando el momento en que todo acabase. Mi padre en ese entonces, y esto lo averigüé por un viejo que estuvo dispuesto a ayudarme, se alistó de voluntario junto a muchos daneses, para el frente en Francia. Estuvo exactamente a unos veinte kilómetros de Amiens. Cuando averigüé el sitio, tomé el primer tren que salía de Copenhague con destino a París, atravesando los países Bajos y con parada en Amiens. Llevé conmigo solamente el violín. Salí de tarde. En el trayecto, me pareció escuchar que sonaban sus cuerdas. (Ante mi sorpresa reafirmó lo dicho). Lo que escucha, me pareció que sonaban sus cuerdas. Después entenderá mejor. Al llegar a Amiens, consulté sobre el centro de veteranos de guerra, expliqué lo de mi padre y a la mañana siguiente acompañado por un anciano excombatiente me encontraba justo en la trinchera que había defendido su batallón. En el camino me contó de sus experiencias en la guerra; de las máscaras, los gases, los alambres, los pitos para avanzar o retroceder, los incesantes bombardeos, la ropa que nunca se secaba en los pozos, la bruma del invierno, los cascos prusianos, el miedo a la muerte.

- ¿Y cuando abrió el violín?- lo interrumpí, como si aquello no me interesara.
- Espere. Al llegar a la trinchera, el instrumento volvió a sonar dentro del

estuche, pero esta vez más fuerte, como intentando una melodía, a tal punto que quien me acompañaba me miró con asombro. En determinado momento, el violín pegó como un alarido, como una nota aguda suelta, casi un grito. Miré el sitio, levanté uno de mis pies y encontré un anillo en el polvo, éste (y me lo enseñó, era el mismo que había visto ponerse y quitarse en la calle). Parecía un antiguo anillo. Lo tomé, lo limpié, aunque como podrá apreciar nunca pude quitarle todo el óxido, ni componer este pedazo, que parece como arrancado. Me lo puse y sentí una mágica energía que me hizo abrir el estuche, agarrar el violín, y misteriosamente tocar. Escuche, como le dije antes, yo no sabía música, ni nunca lo había tocado. Creo haberme pasado más de una hora tocando, ante mi asombro y el del excombatiente francés. No sabía como parar. Cuando quería interrumpir, una fuerza magnética me volvía a ligar al instrumento. De repente, pensé en el anillo, me lo quité y todo volvió a su normalidad. Se da cuenta, el anillo era el que movía mis manos, mi cuerpo, mis dedos. De regreso a casa, comprobé varias veces en el tren si funcionaba. Era cierto. Cuando no me lo colocaba hacía sonar al violín como si fuera un gallo afónico. Me lo ponía y las notas brotaban armoniosas, dulces, angelicales. Nunca se lo dije a nadie y todo el mundo creyó que salía a mi padre. Todos comentaban lo rápido y bien que había aprendido, hasta mi madre lo decía. Una mañana, ella me descubrió poniéndome el anillo antes de ir a tocar en la Iglesia. Lo miró con una mezcla de asombro, incredulidad y espanto. Le pregunté que le pasaba. "Era el anillo de tu padre", contestó. Imagínese, el anillo de mi padre, el mismo que usaron para casarse. Sus palabras me conmocionaron y nos abrazamos. Ella juró llevarse el secreto hasta la tumba, y así fue. Se da cuenta, nunca he tocado, es mi padre, son sus manos encerradas en el anillo (y al

decir esto, al anciano se le llenaron los ojos de lágrimas).

Rato después, cuando ya nos habíamos despedido y estaba camino del aeropuerto, me quedé pensando si sería cierto. ¡No podía serlo! El viejo me había contado una historia, como suelen hacer los de su edad. Pero el recuerdo de sus lágrimas y aquél "nunca he tocado, es mi padre", eran suficientes como para mantearme en la duda. ¿Será que la música está contenida por sí sola en los instrumentos? ¿Acaso Miguel Angel no había dicho, "yo sólo extraigo las figuras contenidas en los bloques de mármol"? ¿Pero el anillo, acaso era un instrumento? Ya en el avión me quedé meditando una pregunta que quizá me diera la respuesta. ¿El agua, la piedra, la rama, no encierran dentro de sí su propia música?

www.jesusmariasilveyra.com.ar
© Copyright 2011 Jesús María Silveyra
Todos los derechos reservados

info@jesusmariasilveyra.com.ar